

«A Sumalao voy helao». Peregrinaje invernal hacia un lugar hermoso (valle de Lerma, Salta, Argentina)

María Constanza CERUTI

Universidad Católica de Salta, Salta, Argentina - CONICET
constanza_ceruti@yahoo.com

Código ORCID: 0000-0001-8877-5086

RESUMEN

Desde una perspectiva etnográfica sustentada en la observación participante, el presente trabajo aborda la peregrinación a pie al santuario dedicado al Señor de Sumalao, ubicado a casi cuarenta kilómetros al sur de la ciudad de Salta, en el centro del valle de Lerma, en el norte de Argentina. El santuario ha conservado su papel regional como feria comercial desde el período colonial, habiendo crecido su importancia como centro de peregrinaje religioso, hasta convertirse en la segunda festividad más multitudinaria en territorio salteño. El estudio recoge cuidadosamente los testimonios espontáneos de los peregrinos y las vicisitudes de una maratónica caminata nocturna bajo gélidas temperaturas invernales, arrojando luz sobre los

riquísimos matices de las devociones populares andinas y su compleja inserción en la multiculturalidad del norte argentino.

PALABRAS CLAVE: *etnografía, movilidades sagradas, paisaje andino, catolicismo popular, Salta-Argentina*

«A Sumalao voy helao». Winter Pilgrimage to a Beautiful Place (Lerma Valley, Salta, Argentina)

ABSTRACT

From an ethnographic perspective based on participant observation, this paper addresses the pilgrimage on foot to the sanctuary dedicated to the Lord of Sumalao, located almost forty kilometers south of the city of Salta, in the center of the Lerma Valley, in northern Argentina. The sanctuary has maintained its regional role as a trade fair since the colonial period, having grown in importance as a center of pilgrimage, becoming the second most popular religious festivity in Salta. The study carefully collects the spontaneous testimonies of the pilgrims and the vicissitudes of a marathon night walk under freezing winter temperatures, shedding light on the rich nuances of popular Andean devotions and their complex insertion in the multiculturalism of northern Argentina.

KEYWORDS: *ethnography, sacred mobilities, Andean landscape, popular Catholicism, Salta-Argentina*

INTRODUCCIÓN

EL SANTUARIO DE SUMALAO se encuentra ubicado a casi cuarenta kilómetros al sur de la ciudad de Salta, en el centro del valle de Lerma, en el noroeste de Argentina. Desde el siglo XVIII, un oratorio que alberga un cuadro de Cristo crucificado se ha convertido en lugar de peregrinaje para pobladores de toda la región. Conocido también como «el humilladero», en referencia a posibles acciones penitenciales de antiguos devotos, el topónimo Sumalao se presta también a una

interpretación más alegre: algunos expertos en lengua quechua consideran que deriva de *sumaj llajta* o «lugar hermoso».

A lo largo de los siglos, Sumalao conservó su importancia regional como feria comercial y centro de peregrinaje religioso. La popularidad de este santuario católico sigue siendo notable: se trata de la segunda peregrinación más importante en territorio salteño, después de la multitudinaria convocatoria dedicada al Cristo del Milagro en septiembre.

Geólogo y profesor emérito de la Universidad Nacional de Salta, el doctor Ricardo Alonso menciona haber dirigido una tesis sobre el paisaje de Sumalao, destacando su importancia como lugar para engorde del ganado en tiempos de la Colonia. Refiere que durante el siglo XVIII, centenares de mulas eran apacentadas en Sumalao antes de ser conducidas hacia el Alto Perú. Sin embargo, en el siglo XIX el eje de movilidad norte-sur cambió hacia el oeste y los pastos de este paraje pasaron a engordar a los toros que serían llevados, a través de la puna y cordillera, hacia las salitreras en Chile (Alonso, comunicación personal, 2022). El licenciado Felipe Hipólito Medina publicó los resultados de sus investigaciones al respecto en un libro titulado *Sumalao: Feria y Fiesta. Una antigua devoción al Cristo de Vilque en el Valle de Lerma, nacida en la feria de mulas más grande del mundo* (Medina, 2011). Dos años después fue publicado un libro del presbítero Pablo Castro (2013) dedicado también a este centro de peregrinaje religioso.

Con posterioridad, una revista de historia y religión publicó un artículo académico dedicado a las agencias y prácticas de sacralización en las llamadas Fiesta Grande y Fiesta Chica del Señor de Sumalao (Casimiro et al., 2014). La doctora Teresa Chaile profundizó acerca de los antecedentes históricos del culto al Señor de Sumalao, analizando en detalle su constitución durante el período colonial y su consolidación durante el período independiente (Chaile, 2022).

Las peregrinaciones católicas en el contexto surandino reciben cada vez más atención en la discusión académica contemporánea, tal

como se evidencia en un reciente volumen compilado dedicado a las movilidades sagradas en Argentina (Flores y Puglisi, 2022). En este sentido, el peregrinaje nocturno a Sumalao —foco del presente artículo— puede resultar de interés para los estudios clásicos sobre antropología simbólica en general (Wright y Ceriani Cernadas, 2007) y aporta al conocimiento del catolicismo de los sectores populares argentinos (Ameigeiras, 2008; Esquivel y Mallimaci, 2017; Pelegrín, 2005; Semán, 2021), y a los estudios culturales del norte del país (Forgione, 1982). Contribuye a ampliar la comprensión sobre aspectos de la ascesis y la liminalidad en la espiritualidad católica (Ludueña, 2003, 2020) e interesa, además, desde la perspectiva de los modernos abordajes sobre el cuerpo y la espacialidad en la práctica etnográfica (Wright, 2021). Inclusive permite arrojar luz sobre el impacto de los encierros globales de 2020 y 2021 en las prácticas religiosas populares en el norte argentino (Pelegrín y Forgione, 2020).

Teresa, una catequista residente en el poblado de Campo Quijano, me comenta que años atrás «era posible conseguir de todo en Sumalao», ya que además del peregrinaje religioso, el santuario albergaba una importante feria temporaria. A ella acudían los pobladores de los Valles Calchaquíes y de las alturas puneñas para intercambiar sus productos (tejidos de lana y panes de sal, entre otros), como pervivencia de la movilidad caravanera propia de estos rincones de los Andes.

La marcha a Sumalao porta un innegable sello femenino y andino, en tanto el grueso de los devotos que peregrinan a pie son mujeres; oriundas habitualmente de zonas del interior de la provincia de Salta. Una empleada que trabaja en casa de un colega suele tomar licencia para asistir a la peregrinación a pie a Sumalao, explicando que ella no ha faltado jamás, desde que iba «en el vientre de su madre». Es también frecuente que hombres de distintas edades —trabajadores rurales, albañiles, etc.— se sumen a la procesión como acompañantes de sus esposas, hijas y nietas.

Un arquitecto que cursa la maestría en Valoración del Patrimonio Natural y Cultural en la Universidad Católica de Salta afirmó que conocía el santuario «porque iba de niño con su abuela»; pero aclarando que no participaba de la caminata, sino que «iba siempre en coche». Este tipo de aseveraciones, que permiten una mayor distancia temporal y emocional con el fenómeno, son bastante frecuentes entre algunos residentes urbanos de Salta, para quienes el peregrinaje a Sumalao aparece asociado con las prácticas religiosas populares y campesinas.

PREPARATIVOS

En preparación para la peregrinación busco posibles compañeros de camino entre amigos y amigas que son católicos más o menos practicantes. En mi mensaje de WhatsApp, para intentar entusiasmarlos, comparo la empresa con una histórica expedición a la Antártida, donde un aviso publicado en el diario para reclutar expedicionarios prometía «frío seguro y regreso incierto».

«Que buen programa; pero me es imposible acompañarte», dice uno de los mensajes que me devuelven. Una a una las respuestas negativas se acumulan, acompañadas de amables excusas más o menos explícitas, que van desde un genérico «tengo que cuidar a los chicos» a un específico «ni loca voy a helarme».

Una señora que trabaja en una librería y papelería viste indumentaria de *running*. Decido preguntarle respecto a la extensa peregrinación. Me dice que años atrás iba siempre caminando sola a Sumalao y me da aliento para intentarlo, «aunque tenga que ir sin acompañante». Me advierte que el paso de los peregrinos es rápido y constante, pero que «igual se llega». Asegura que es fácil tomarse un colectivo para volver a Salta, ya que en tiempos de festividad hay un servicio especial con más frecuencia, que une el distante santuario con la capital provincial.

En la parroquia del barrio me informan que los peregrinos inician la marcha en la iglesia de Santa Teresa, situada en el sector sur de la ciudad. Los interlocutores me miran un poco incrédulos al advertir que llevo una muleta: aunque no intentan desalentarme, aclaran que el ritmo de marcha es bastante rápido, pero me tranquilizan diciendo que «hay caminantes que siempre ayudan para que todos lleguen» y cuidan al grupo para evitar posibles accidentes viales. Estiman que en la comitiva suelen juntarse entre cuarenta y cien personas.

Llamo por teléfono a la secretaría del templo de Santa Teresa y una voz femenina me confirma que «es costumbre» que los peregrinos partan al terminar la misa de las siete y media de la noche; aunque me aclara que la iglesia «no forma parte de la organización de la procesión»; se trata de una iniciativa de la gente sobre la que las autoridades del templo «no se hacen responsables». La aclaración de que «es costumbre» vuelve a ser repetida, lo que me genera expectativa, puesto que es una frase que casi siempre revela un auténtico involucramiento popular en ritos tradicionales (que no obedecen a móviles políticos o comerciales coyunturales).

INICIO DE LA PEREGRINACIÓN EN SALTA

Comienzo a caminar alrededor de las seis de la tarde, bajo una tenue llovizna. Antes de doblar la esquina saludo a dos hermanas que trabajan en el kiosco y me auguran buena fortuna para la peregrinación. Me dicen que «incluso llegan hasta el santuario personas que están mal de salud y no se sabe cómo lo logran». Ese tipo de «milagros» se explican por la intercesión del Señor de Sumalao.

Marcho algunos kilómetros a pie en medio de las angostas calles coloniales salteñas, cargando una mochila bastante pesada con algo de comida y bastante abrigo de repuesto, previendo la eventualidad de algún chubasco fuera de temporada. La noche de junio se anticipa helada con temperaturas debajo de cero grados.

Una hora después, al llegar a la iglesia de Santa Teresa, observo a dos o tres mujeres peregrinas, de mediana edad, con las que entablo conversación, expresándoles mi temor de no poder seguir el paso veloz de los promesantes. Confirman que, efectivamente, se trata de una marcha bastante rápida, pese a que el grupo está integrado habitualmente por «personas mayores» y que se transporta una pesada cruz. Me dicen ellas que piensan ir a su propio ritmo, bastante más lento, y que van a elegir «el camino de San Agustín», para que el trayecto sea más corto y no sobrepase los treinta y cuatro o treinta y cinco kilómetros. En tanto que la comitiva principal va a recorrer el camino más extenso, que se extiende por casi cuarenta kilómetros.

Durante la celebración religiosa se van congregando en la entrada del templo peregrinos andinos cargados con morrales y mochilas, vestidos con ponchos y gorros de lana. Las intenciones de la misa incluyen invocaciones al Cristo de Sumalao y algunos comentarios relativos al peregrinaje, ofrecidos por el sacerdote en la homilía.

A la entrada de la iglesia, sobre la angosta vereda, dos hombres de unos sesenta años de edad permanecen de pie junto a un esbelto crucifijo, de unos dos metros treinta de alto, adornado con lucecitas navideñas que titilan y le otorgan una apariencia inusual. El crucifijo ostenta un pequeño cartel que dice «Cristo peregrino de Sumalao». Orgullosamente, los dos hombres se toman fotografías junto a la cruz y permiten que otros devotos también lo hagan. Uno de ellos admira embelesado al sagrado objeto. Pasado el momento de la comunión, ingresan con la cruz al interior del templo para recibir «la bendición de los peregrinos», que les imparte el sacerdote una vez que el resto de la feligresía se ha retirado. Inmediatamente después se inicia la peregrinación, siendo aproximadamente las ocho y treinta de la noche.

Abren la marcha los dos caballeros y porta el crucifijo su propietario y custodio, quien la había estado mirando con tanta devoción. La comitiva, integrada al momento por unas veinte o treinta personas, avanza raudamente, sin detenerse en las esquinas. Un hombre de unos

cuarenta y tantos años demuestra una clase particular de arrojo en cada cruce de calles, al forzar a los automóviles a frenar, blandiendo los brazos con su celular encendido a modo de baliza. Advirtiendo la peligrosidad de la tarea me dispongo a ayudar, blandiendo yo también la muleta. Se suponía que la policía iba a brindar asistencia a los peregrinos durante la marcha —así había sido publicado en el diario con anterioridad—; sin embargo, los uniformados no han hecho su aparición.

La comitiva atraviesa suburbios de Salta, famosos por la nocturnidad. Me sorprende la devoción con la que se persignan quienes miran pasar al crucifijo, incluyendo ancianas que esperan el colectivo, personas que aparentemente trabajan en la calle, muchachos y chicas que se agrupan en la entrada de alguna discoteca. En las esquinas patrullan gendarmes equipados con armas largas, poco habituales hasta hace algunos años en los rincones urbanos de Salta. Algunos de ellos también se persignan.

No puedo evitar pensar en las *capacochas* incaicas, aquellas peregrinaciones estatales en las que niños y jóvenes vírgenes eran llevados para el sacrificio en lugares sagrados, particularmente en altas montañas (véase Ceruti, 2003). Afirman las crónicas coloniales que las comitivas avanzaban en línea recta por la geografía andina y que los lugareños, al verlas pasar, se arrojaban al suelo en señal de reverencia.

En un momento me distraen los bombos y gritos bastante agresivos de un grupo desahogado de «barrabravas» de fútbol, que se desplazan amuchados en un enorme camión sin techo, seguidos de cerca por media docena de motocicletas de la policía. «¿Los estarán llevando presos por destrozos?», se pregunta una peregrina, a lo que otra responde con evidente frustración: «Solamente les están escoltando: para ellos sí hay seguridad; pero para nosotros, no».

Cruzamos el puente sobre el río Arenales, que señala el límite meridional del casco urbano de la ciudad. Los peregrinos se apresuran por mantenerse en las cabeceras de la procesión; ya que en ausencia de luces e indumentaria fluorescente, aquellos que caminan en la reta-

guardia son los más expuestos al tráfico. Me he preparado mentalmente para el temor que me queda como un trauma a raíz de un accidente sufrido algunos años atrás, al intentar cruzar una carretera y resultar atropellada por una conductora alcoholizada, con el saldo de una rodilla fracturada y la perdurable muleta. Pero resulta evidente que no soy la única persona preocupada por el paso de los autos. Una mujer de unos sesenta años munida de un megáfono interrumpe el rezo del rosario con el que acompaña la marcha. Mientras atravesamos un sector de tráfico particularmente intenso, alienta a los caminantes a «no temer», asegurándoles que bajo la protección del Señor de Sumalao se puede avanzar sin que ocurra ningún accidente. «No nos vamos a caer y nada nos va a pasar», repite con entusiasmo, antes de retomar la recitación de las avemarías.

Una robusta peregrina veinteañera cae pesadamente de bruces al tropezar con el cordón de la vereda en la penumbra. Casi sin detener la marcha, los dos peregrinos más cercanos la ayudan a incorporarse, mientras los demás siguen adelante. Viendo que la joven se encuentra bien y está risueña, dan gracias a Dios y continúan avanzando velozmente. ¡Aquí no ha pasado nada!

La columna sorteja sin inconvenientes la llamada «rotonda de Límache», situada a unos ocho kilómetros del centro, que marca el fin del ejido salteño. La animadora que porta el megáfono lo celebra a viva voz. Días después de finalizada la procesión, entendí esa angustia colectiva cuando escuché decir que, más de una vez, algún peregrino a Sumalao había resultado atropellado en este tramo de la ruta.

COMPAÑEROS DE CAMINO

Lentamente, la comitiva ha engrosado sus filas y el pelotón principal va ahora integrado por casi cien personas. Los más veloces y devotos siguen la marcha junto a la cruz, participando con disciplina

de cada misterio del rosario, de las letanías a la Virgen María y de las jaculatorias que la animadora repite con admirable constancia y envidiable capacidad pulmonar. En tanto, en la retaguardia de la procesión, los peregrinos menos veloces —o tal vez no tan devotos— comenzamos a flaquear y a buscar mundanal conversación que nos distraiga un poco de la monotonía.

Una señora delgada, de unos sesenta años, marcha ligera y sin pausa, bebiendo cada tanto un sorbo de una pequeña botella de coca-cola que lleva en una riñonera. Me cuenta que sale a caminar todos los días y que va a Sumalao todos los años. En esta oportunidad, la salud de su nuera, de una hija y de una nieta recién nacida constituyen los principales motivos de preocupación que espera depositar a los pies del Cristo. De forma muy pedagógica me explica los ritos que hay que cumplir al llegar al santuario, que incluyen el encendido de velas, la bendición del agua y el «tomar gracia del cuadro, que es donde está representado el Señor». Quizá esta vez se quede para la procesión que encabeza el obispo a media mañana; aunque lo que a ella realmente le interesa es llegar a tiempo para la misa del peregrino, que se celebra al amanecer. Es tan conmovedora que siempre la hace llorar, según me confiesa.

Nacida en un pueblo de Santiago del Estero, cerca del límite con Salta, otra peregrina me cuenta que cuando se jubile quiere estudiar Genealogía, «para conocer mejor sus orígenes». Me habla de la mestización, de los «gringos» que forman familia con las jóvenes mujeres indígenas; de problemas de tierras entre los hacendados y hasta de las rogativas a la Telesita cuando hay sequía. Me explica que primero se pide a la Virgen y a los santos; pero cuando llega enero y todavía no hay lluvias, no queda otra alternativa que recurrir a la Telesita mediante un rito que involucra danzas con tambores. Y que la Telesita «siempre cumple y en menos de cinco días»; aunque después hay que aguantarse el aguacero, que puede durar un mes. Además, hay que acordarse de «pagarle».

Una devota que trabaja en una escuela técnica se preocupa por los problemas de adicciones al alcohol y las drogas que enfrentan los

jóvenes, especialmente agravados después de los encierros de la pandemia, según afirma. También le molestan los «talleres» y «capacitaciones» con los que intentan contagiarle una pedagogía que no le conviene, porque «debilita a las figuras educadoras en su rol de autoridad». Me confiesa que no tiene claro «si nos encerraron para cuidarnos o para empobrecernos». En algún momento noto que se ha colocado un barbijo de tela, quizá en respuesta a un peregrino que pasó a nuestro lado, tosiendo. Un poco más atrás camina un señor que lleva un barbijo N95 rigurosamente colocado sobre su nariz —a diferencia de la mayoría de los caminantes que lo portan debajo de la boca, en la barbilla—. En el aire frío de la noche salteña su aliento atraviesa la tela y se eleva formando espirales, como si fuera humo de tabaco.

Llegamos al poblado de Cerrillos alrededor de las once de la noche y somos recibidos por familias locales que, desde la puerta de sus casas o en las esquinas, nos ofrecen generosamente café, limonada, facturas y pan tortilla. Algunos miembros de la comitiva se abalanzan sobre las viandas con notoria voracidad, en razón del considerable desgaste físico ocasionado por la caminata. Yo siento mi glucemia tan baja que apenas respondo, y el ingreso de azúcares al torrente sanguíneo me devuelve rápidamente algo de las fuerzas perdidas.

En la plaza principal del pueblo, los portadores de la cruz permanecen estoicamente de pie a su lado, al tiempo que lugareños y caminantes aprovechan para sacarse fotos junto a ella. No lejos de allí, un portaestandarte dotado de un farol, descansa apoyado sobre un monumento dedicado a próceres locales.

A lo largo del tramo de ruta que va de Cerrillos al poblado histórico de La Merced, los peregrinos caminamos mucho más tranquilos, con menos cantidad de tráfico en la ruta; custodiados por móviles y motos de la policía. La fila de devotos se vuelve prácticamente continua, aunque todavía se distingue la comitiva original, que marcha bajo el signo de la cruz.

En la oscuridad de la noche, lejos de las luces de la ciudad, atravesamos un paisaje llano de fincas tabacaleras y plantaciones caracte-

rísticas del fondo del valle de Lerma. Las montañas permanecen ocultas en un oscuro e invisible horizonte, bajo un manto de bruma que alternativamente adquiere tonos grisáceos y rojizos. La animadora de la procesión expresa su gratitud por el altoparlante e interpreta que «es el manto de la Virgen que nos cubre, y el manto de Cristo, que impide que la helada baje al suelo y entonces seguimos protegidos». En efecto, la humedad imperante hace que el frío no sea tan perceptible. Más bien siento calor, con el intenso esfuerzo físico que realizo mientras avanzo en «caminata nórdica», al compás de un bastón de esquí y una muleta. El problema se presenta en las paradas para comer, donde la hipotermia se instala con inusitada velocidad. Siento bastante frío en las manos, pero no creo que sea un problema.

Intento mantenerme en la cabecera de la comitiva, pues resulta muy claro que una vez que uno se queda atrás es prácticamente imposible recuperar el puesto (al menos para quienes no podemos correr). Avanzo al costado de la cruz, y a veces hasta me atrevo a caminar adelante, lo cual en otras procesiones andinas podría ser considerado como algo irrespetuoso. Los peregrinos me dispensan un trato sumamente amable y demuestran amplia tolerancia a los equívocos rituales que todos los antropólogos inevitablemente cometemos (a veces, «sin querer queriendo», para evaluar la real importancia de un asunto, tomando nota de las sanciones sociales que se aplican, etc.).

Desde la privilegiada posición en la cabecera observo cómo el dueño del portentoso crucifijo peregrino y su colaborador intercambian roles para cargar el sagrado objeto: lo hacen con tanta maestría y velocidad que prácticamente no detienen la marcha. La cruz es sostenida por su base, en las manos del custodio, que la alza a la altura de la ingle. De este modo, se eleva más o menos verticalmente casi dos metros por sobre las cabezas de los caminantes, inclinándose ligeramente hacia atrás y permitiendo a algunos caminar, literalmente, bajo el signo de la cruz. Para otros, además del crucifijo que los bendice con sus luces titilantes, está también la Cruz del Sur en el firmamento, que señala claramente la dirección en la cual caminamos.

Sin embargo, la posición en la que se carga la cruz obliga a quienes la transportan a movilizarse con las piernas semiflexionadas y la espalda gacha, como cuando se lleva en brazos un considerable peso. Se observa como un procedimiento mucho más incómodo que los habituales palanquines de los «misachicos», donde las imágenes religiosas son confortablemente paseadas en procesión, a hombros de los devotos (véase Ceruti, 2013). De allí que, pese a las invitaciones extendidas repetidamente a la comitiva, la tarea de portar el crucifijo termine casi siempre recayendo en las callosas manos de su dueño y de dos colaboradores cercanos, contándose excepcionalmente con el aporte momentáneo de algún peregrino «corajudo».

Como nunca antes en la historia reciente, la peregrinación al Señor de Sumalao fue suspendida en el 2020 por declarados motivos sanitarios, a fin de evitar aglomeraciones «peligrosas» por posibles «contagios». Incluso en esta oportunidad, al retomarse la actividad en 2022, la festividad ha quedado dividida en «Fiesta Chica» (la del fin de semana previo) y «Fiesta Grande» (la correspondiente a la peregrinación en curso). Según lo estimado por los medios periodísticos, no menos de 15,000 peregrinos se han reunido ya en Sumalao en la Fiesta Chica. Sin embargo, pese a la multitud de caminantes que se observa a ambos lados de la ruta, los miembros de la comitiva coinciden en que «falta gente».

La procesión se presta para pequeñas anécdotas que merecen especial atención en tiempos de la llamada «post-pandemia», en los que el espíritu peregrino parece encontrar particular gozo en desafiar a los poderes que lo han mantenido oprimido. En un cruce de caminos nos espera un retén policial integrado por varios uniformados que permanecen de pie sobre el asfalto, junto a una patrulla estacionada en la banquina. Los oficiales de policía alistan unas planillas, evidenciando que esperan que la comitiva se detenga para responder algunas preguntas. Advierto que los caminantes en la vanguardia no tienen ninguna intención de ralentizar la marcha, sino que más bien se apurran. En modo «falange romana» avanzan hacia los uniformados, que a

último momento dan un paso atrás y ceden el paso. «Solo queríamos saber de cuál parroquia vienen», murmuró uno de los policías, casi a modo de disculpa. Unos metros después, protegidas por la oscuridad de la noche, se escuchan las risitas cómplices de algunos peregrinos. Como explicó un colega en el campus de la universidad, «nosotros, los salteños, no estamos acostumbrados a darle explicaciones a la policía de dónde venimos o a dónde vamos».

Otra instancia en la que detecto acciones que podríamos suponer de «resistencia» es en la cuestión de los abrazos, cuya efusividad es motivo de asombro entre algunos peregrinos. Se me antojan como una estrategia de recuperación del uso del cuerpo —y de reconstrucción activa de los lazos interpersonales— ante tantos meses de obligatoria «distancia social». Advierto en tres oportunidades que basta con mencionar que soy peregrina «primeriza» para que inmediatamente otras mujeres del grupo vengan a darme un fuerte abrazo.

Durante un descanso en la recitación de las plegarias, para «escuchar el silencio de la noche», se ubica a mi lado un amable peregrino de los Valles Calchaquíes, munido de morral tejido y poncho salteño. Reconozco su voz inconfundible y poderosa, que destaca sobre la de los demás caminantes, cuando responde a los rezos de padrenuestros y avemarías. Me cuenta que es oriundo de Angastaco —más bien, Jasimaná—, si bien ahora vive desde hace años en Salta, trabajando como albañil y cuidando a su anciana madre. También ha vivido una década en Buenos Aires, pero no le ha gustado la capital argentina. A diferencia de sus numerosos hermanos, no tiene hijos, y me pregunta al respecto. Me cuenta acerca de la multitudinaria peregrinación que parte de los pagos vallistos de su familia en el mes de septiembre, caminando seis días hasta la ciudad de Salta para rendir homenaje al Señor del Milagro.

Una anciana señora camina conmigo cuando vamos llegando al poblado de La Merced (y debo confesar que a duras penas puedo seguir su paso tan vivo). Los cabellos encanecidos, parcialmente ocultos

bajo el pañuelo, revelan una edad bastante avanzada, que no parece condecir con la vitalidad de esta caminante. Me comenta que desde jovencita acostumbraba a acudir a Sumalao para rogar por la salud de sus familiares. Con su vasta experiencia confirma la importancia de los ritos de encender velas, acercarse al agua bendita y «tomar gracia» del cuadro de Nuestro Señor. En una oportunidad, mientras peregrinaba de noche, se cayó de boca. «Me he golpeado fiero», recuerda; pero atribuye al Señor de Sumalao el «milagro» de no haberse hecho ningún daño en el rostro.

En La Merced los vecinos esperan a los peregrinos con succulentos sándwiches y botellas de agua mineral. Algunos dueños de fondas y pequeñas cafeterías han mantenido sus puertas abiertas hasta estas altas horas de la madrugada para saciar el hambre de quienes prefieren hacer un descanso prolongado y «cenar como se debe».

Frente a la plaza del pueblo converso brevemente con la animadora que lleva el altoparlante. Tiene algunos años más que yo, pero parece de mi edad. Se muestra feliz de que sea mi primera vez en el camino a pie hacia Sumalao. La felicito por la catequesis que realiza mientras reza el rosario, explicando los momentos de la vida de Jesús con referencias a los Evangelios. También ha incluido oraciones de reparación por la recientemente sancionada ley del aborto, y se diferencia de «los evangelistas» que «no saben reconocer a la Virgen María», según cuenta. Comenta que viene habitualmente sin su familia, porque su marido opina que sus hijos adolescentes aún son demasiado jóvenes para acompañarla en el peregrinaje.

ACERCÁNDONOS AL SANTUARIO

La última parada tiene lugar alrededor de las tres y media de la mañana, en el punto donde el sendero se bifurca. Se abandona la ruta asfaltada y se ingresa por un camino rural de tierra para recorrer los últimos

cinco o seis kilómetros que nos separan del santuario. En este descanso ya no se observan peregrinos de pie, sino que todos están sentados o recostados en el pasto de las banquinas, con claros signos de fatiga.

Frente a una pequeña pulpería rural, en medio del campo, converso con un septuagenario corredor de maratones que camina a Sumalao «desde los ocho años». Es el portador y dueño del estandarte coronado con farol que admiré por primera vez en Cerrillos. A partir de este punto avanzará al frente de la procesión, junto con el portador del crucifijo peregrino que partió desde la ciudad de Salta. Lo acompaña una mujer mucho más joven, de cabellos negros rizados, que también corre maratones y dice reconocerme porque, al igual que yo, sube diariamente al cerro San Bernardo de Salta, como parte de su entrenamiento deportivo matutino.

Retomamos la marcha en plena oscuridad y una peregrina exclama que «así es mejor», para que no se vean los charcos de agua que vamos pisando. A lo largo de todo el camino he venido escuchando advertencias acerca del último tramo, cuando «se siente más el frío» y el suelo «se vuelve barroso». La animadora, a través del altoparlante, nos advierte que «el piso está jabonoso» y dice que si ella llegara a caerse sentada, todos tienen permiso para reírse. Después de este breve chiste los rosarios, letanías y jaculatorias se intensifican, como si fuera importante agotar todas las diversas instancias de rezos antes de llegar a destino.

En la oscuridad de la angosta carretera rural, el crucifijo peregrino adquiere una nueva función: ahora sus luces no son solamente ornamentos religiosos o balizas para los vehículos que pasan, sino que permiten iluminar el suelo a modo de linterna. Lentamente, los peregrinos que no tienen celulares se congregan en torno a la cruz para caminar bajo la tenue luz de sus coloridas lamparitas.

«Hemos hecho callar a los teros», advierte una devota cuando comienza a escucharse el canto de los gallos, antes de despuntar el alba. Entre el cansancio de la marcha, la privación del sueño, las bajas tem-

peraturas y la repetición de avemarías y letanías, los peregrinos vamos entrando en una especie de trance hipnótico. El caminar se vuelve algo mecánico, y la consciencia se despegga un poco de las molestias físicas, como si pudiera «mirarlas desde arriba». En las ascensiones en alta montaña he atribuido este fenómeno al efecto de la gran altitud sobre el cerebro, acentuado por la hipoxia, el acompasado ritmo de la respiración, el sonido de los crampones sobre el hielo, etc.

Un nuevo acompañante se hace presente en esta etapa: en lugar del horizonte llano al que nos ha acostumbrado la noche, se yergue a nuestra izquierda la enigmática figura de una colina que supo ser escenario de ocupaciones administrativas hace medio milenio, en tiempos de los incas. Quizás tenga algo que ver con la elección de Sumalao como destino de antiguas ferias tradicionales, para el intercambio de productos. De algún modo, aún entre tinieblas, las montañas empiezan a recordarnos que estamos en el seno de los Andes.

Pasada una hora, llegamos al destino. Nos reciben con cálidos aplausos los policías y una multitud de jóvenes peregrinos que acampan en las inmediaciones del santuario. Tras atravesar la callejuela de acceso, flanqueada por docenas de puestos de comida y ventas de recordatorios, ingresamos a la plaza y nos detenemos finalmente frente al templo. «¡Gracias a Dios!». «¡Viva el Señor de Sumalao!». Las plegarias de agradecimiento se repiten a todo pulmón y con lágrimas en los ojos.

TOMA DE GRACIA Y OTROS RITOS IMPOSTERGABLES

En toda peregrinación andina, lo primero es «saludar al Señor» y el Cristo de Sumalao no es la excepción. Apenas llegados al santuario, la primera acción de los peregrinos es acercarse al cuadro de Nuestro Señor a «tomar gracia». Entre cincuenta y cien personas forman parte de una larga fila, que avanza bastante lentamente ya que los devotos tienden a demorarse frente a la venerada imagen. La ceremonia es

animada por jóvenes cantantes que actúan en el atrio, quienes interrumpen la performance para dar la bienvenida a las comitivas que van llegando. «Ahí llega el Cristo peregrino que nos acompaña todos los años», exclaman al vernos.

El cuadro del Cristo de Sumalao es de gran porte y data aparentemente del siglo XVIII. Presenta a Jesús crucificado, flanqueado por san Juan y la Virgen María. Será paseado en formal procesión a media mañana, ocasión en que la misa es celebrada por el arzobispo de Salta. Durante el resto de la festividad permanece colocado bajo techo a un lado del atrio del templo, vallado con juegos florales y reclinatorios ubicados estratégicamente para crear una barrera prudencial entre el sagrado objeto y el entusiasmo de sus fieles devotos. Si bien la mayoría de los peregrinos se limita a arrodillarse frente al cuadro, decir sus oraciones y tocar las flores, una buena parte procura también acercarse por un costado, a fin de poder alcanzar la tela, protegida bajo una cubierta de vidrio. Se advierte que con frecuencia se frota discretamente alguna prenda (gorro de lana o pañuelo, por ejemplo), que luego se conservará como reliquia.

La actividad de «toma de gracia» junto al cuadro es constante, al igual que el encendido de velas a unos treinta metros de distancia, en la parte de atrás del santuario. Las velas materializan simbólicamente las intenciones de los feligreses y en torno a ellas se observa la incorporación de prácticas de adivinación (además de la consabida recolección de la cera derretida para llevar a la casa). Otro tipo de reliquias más específicamente religiosas, tales como estampitas o imágenes de santos, se encuentran en venta en una santería adyacente al santuario; en tanto que las intenciones formales para la misa pueden encargarse (y abonarse) en un sector del atrio lateral especialmente destinado para tal fin.

En la plaza frente al templo se disponen, a modo de pequeño anfiteatro, hileras de bancos de madera. Los bancos van siendo ocupados después de saludar al Señor, en preparación para la misa de los peregrinos. Aprovecho un asiento libre para cambiarme las me-

días mojadas —actividad que veo realizar a otros caminantes— y para ponerme toda la ropa de abrigo que durante cuarenta kilómetros he cargado en la mochila. Son casi las seis de la mañana y junto con la estrella del amanecer comienza a levantarse la neblina nocturna. La helada finalmente nos alcanza y el frío cala los huesos sin misericordia.

Como es habitual en los centros de peregrinaje, la nave de la iglesia aparece impromptu convertida en dormitorio, donde decenas de peregrinos de mayor edad duermen acostados en el suelo y cubiertos con ponchos. Algunos llevan colocado el barbijo, en tanto que la mayoría prefiere prescindir del implemento, pese a su sostenida obligatoriedad. Hay peregrinos jóvenes que duermen a pierna suelta a los mismos pies de las imágenes religiosas expuestas a la veneración de los fieles en el altar, usando los escalones como almohadas. Entre los objetos de culto se cuentan una antigua imagen de vestir de la Virgen, custodiada dentro de una vitrina y situada sobre un palanquín; y una estatua de san Rafael Arcángel dotada de una caña de pescar, por su papel como protector de los pescadores. Detrás de las imágenes, sentados frente a sencillos reclinatorios, dos sacerdotes atienden a los fieles que necesitan confesión y entre ellos, abrigado con un grueso poncho, identifico inmediatamente al padre Pagano.

EL SERMÓN DEL PADRE CURA

Pagano es un sacerdote reconocido en el medio salteño, en parte quizás por el oxímoron que representan su apellido y profesión. He conversado con él en varias ocasiones, al cruzarlo en los pasillos de la Universidad Católica de Salta, donde se desempeña como profesor de Teología para los alumnos de la carrera de Comunicación Social. También he escuchado muy positivos comentarios de montañistas que han compartido el ascenso a alguna cumbre con este campechano sacerdote, que lleva bajo el poncho un doctorado obtenido en una pres-

tigiosa universidad alemana. Sin embargo, nunca antes había tenido oportunidad de asistir a una de sus misas.

El sacerdote inicia el sermón pidiendo que levanten la mano aquellos que han llegado a pie al santuario. Absolutamente todos los sentados en los bancos frente al atrio levantan el brazo. Pide un aplauso para los esforzados caminantes. Luego confiesa que él, en cambio, ha venido «en alguna movilidad»; pero aclara que «todos somos peregrinos». Cada tanto, hace eco del frío que experimentamos los allí reunidos: «Por amor al Cristo de Sumalao, estoy helao», dice, haciendo gala de su sentido del humor. También aprovecha para expresar que el amor de Cristo por su pueblo se extiende «por todo el valle de Lerma» y, a continuación, va nombrando muchos de los parajes y poblados de donde proceden los peregrinos, de curtidos rostros andinos. En algún punto, su homilía adquiere un tono moralizante al referirse a uno de los problemas sociales más acuciantes: la violencia contra la mujer. «Es inconcebible que en un pueblo religioso como el salteño se observen los índices más altos de ataques a mujeres y femicidios», exclama en su admonición.

La homilía se prolonga y después de algunos minutos ya no logro mantener la debida atención. Una noche sin dormir y una maratón de cuarenta kilómetros a pie ya no pasa sin dejar huella por un cuerpo de casi medio siglo de antigüedad. Pese a que estoy feliz por la oportunidad de escuchar al padre Pagano, no puedo evitar que me alcance el sueño. Entre el agotamiento y la hipotermia, siento los cabezazos que resultan de la batalla entre el cansancio que asedia y la conciencia despierta que intenta vanamente prolongar la resistencia. ¡Espero que el sacerdote piense que estoy asintiendo a lo que dice y no vaya a darse cuenta de que me estoy durmiendo! Atraviesa mi mente el recuerdo de una lámina dibujada en el siglo XVII por el genial cronista mestizo Felipe Guamán Poma de Ayala, en la que se ve a un grupo de indígenas sentados al pie del púlpito, roncando sonoramente, mientras un religioso les habla. La lámina se titula «el sermón del Padre Cura».

VOLVIENDO AL MUNDANAL RUIDO

Terminada la misa, los fieles se acercan al sacerdote para pedirle la bendición. Bendición de algún bebé recién nacido, que la orgullosa y joven madre lleva en brazos; bendición de la cabeza del propio peregrino; bendición de la foto de algún familiar enfermo que no pudo venir al santuario y múltiples bendiciones de vaya uno a saber qué clase de pequeños objetos de importancia ritual —amuletos, piedritas y otros— que suelen ocultarse debajo de piadosas estampitas de santos y vírgenes, mientras el sacerdote finge que no se ha dado cuenta.

Los peregrinos que caminaron de noche para las primeras misas sienten mayormente que la misión está cumplida y están listos para volver a sus hogares. Otros, llegados a pie o en «movilidades», tomarán su lugar horas más tarde, cuando el arzobispo venga a rezar la misa central y la Fiesta Grande se traduzca en la «Procesión del Cuadro».

A medida que avanzan las luces del amanecer, la cortina de niebla se descorre y los Andes orientales del norte argentino asoman esplendorosos, teñidos con hermosas tonalidades rojizas. Se distingue perfectamente —y hasta parece cercana— la figura de un viejo amigo, el cerro Malcante, un gigante de más de 5,000 metros que separa al Valle de Lerma de los Valles Calchaquíes. La quebrada de Escoipe se abre pasando Chicoana, como un generoso surco que conduce a las alturas andinas. Por allí transitaban antiguamente los pobladores diaguitas-calchaquíes, los incas y los conquistadores europeos; así como los arrieros que llevaban ganado hacia Chile, cruzando la cordillera. Los mismos baqueanos que, según dicen algunos peregrinos, después de largas jornadas en las montañas bajaban al valle para encontrarse con sus mujeres, en aquel lugar al que llamaban «hermoso», quizás por este motivo.

A ambos lados de la callejuela que da acceso al santuario se forma una feria comercial en la que se suceden puestos de venta de pastelería típica, recordatorios religiosos, juguetes para niños y otros en-

seres, así como de «sorpresas», que son envoltorios de papel de diario que contienen, por ejemplo, un «arito». Los envoltorios de sorpresas se preparan y venden separadamente «para varón y para mujer».

La pastelería religiosa incluye —como es habitual en casi todas las fiestas patronales nortenas— un conjunto de delicadezas llamadas «pastas de Santa María», con alfajores de harina de maíz capia y un tipo de manjar o dulce de leche de color más claro, característico de la gastronomía del sector meridional de los Valles Calchaquíes.

Junto a la feria discurre un pequeño arroyo de aguas barrosas en el que jóvenes peregrinas, con los pantalones arremangados, sumergen las piernas. Con las primeras luces del alba, la escena adquiere tintes surrealistas y me pregunto cuán ampollados estarán sus pies después de la caminata, para procurarse esa forma de alivio, cuando la temperatura ambiente apenas roza los cero grados. Alternativamente, considero que quizá se trate de un ritual de purificación, como el que las mujeres andinas realizan bañándose de cuerpo entero en una vertiente debajo de los glaciares del nevado Qolque Punku, durante la peregrinación a Qoyllur Rit'i, al sur de Cusco. Allí, las mujeres enfrentan las gélidas aguas, también de madrugada y en esta misma época del año con temperaturas que, a consecuencia de la altitud, llegan a los veinticinco grados bajo cero (Ceruti, 2007).

Al levantar la vista advierto que, en los límites exteriores del santuario, por sobre las cabezas que vienen y van, avanza bamboleante el crucifijo peregrino que guió mis pasos durante toda la marcha. Su dueño y los colaboradores se dirigen pausadamente hacia el área de estacionamiento, donde quizás una persona amiga haya venido a buscarlos.

El trayecto de regreso a la ciudad de Salta en el colectivo suburbano dura casi una hora y transcurre por el camino más corto —aquel que pasando por el barrio de San Agustín llega a Sumalao, bordeando el pie de las sierras que flanquean el valle hacia el oriente—. La ruta está plagada de peregrinos diurnos, que apuran el paso intentando llegar al santuario antes del mediodía. El colectivero me deja casi al pie del cerro San Bernardo, junto a la base del turístico teleférico de Salta.

Frente al antiguo convento de San Bernardo me detengo para dejar pasar una cohorte de corredores y velocistas, envueltos en sus coloridas indumentarias y afanados en lo que parece ser una carrera deportiva. «Están corriendo una media maratón», me dice una de las organizadoras, al tiempo que agita los brazos y les infunde coraje. «Son veintiún kilómetros», aclara —pero el comentario no logra impresionarme demasiado—.

Llego al edificio donde alquilo mi departamento y me entretengo buscando la llave al fondo de la mochila. Una vecina abre la puerta, pero no me reconoce, y por poco me impide el paso. Inmediatamente se da cuenta del error y me deja entrar. «Vengo de Sumalao», le digo, intentando explicar mi desaliñado aspecto. «Se nota», me responde.

PALABRAS FINALES

Ha transcurrido una semana desde la peregrinación a Sumalao. Mis amigos y amigas —aquellos que no querían helarse y tenían que cuidar a sus hijos— formulan algún comentario de felicitación, pero no muestran mayor interés por los pormenores de mi peregrinaje.

Anoche he recorrido la base del cerro San Bernardo acompañando a los gauchos que homenajean al general Güemes —un prócer de la historia argentina— durante la llamada «guardia bajo las estrellas». La celebración patriótica, en conmemoración de los dos siglos de la muerte del héroe local de la gesta independentista, congrega a todo el espectro social salteño, amalgamando en una misma identidad gauchesca —y bajo un mismo poncho rojizo— a trabajadores rurales, pobladores originarios, residentes urbanos, profesores, médicos, terratenientes, empleadas domésticas y a los cada vez más numerosos turistas. No puedo evitar la comparación con la humilde peregrinación de Sumalao, con su marcada identidad andina, que pasa de algún modo «bajo el radar», casi sin ser detectada. Aunque por motivos diferentes,

tampoco son «registradas» en el imaginario salteño las peregrinaciones en torno a la Virgen del Cerro (véanse Ceruti, 2013, 2022), a las que asisten miles de devotos procedentes de distintos rincones de Argentina.

Camino a la universidad me cruzo con el padre Pagano, a quien identifico en la distancia, por su inconfundible poncho. «Padre, estuve en Sumalao y me encantó su homilía», le digo. El sacerdote sonrío y me pregunta si asistí a la misa de las cuatro de la mañana o a la de las seis. Le respondo que fui a la segunda y lo felicito por haber abordado el tema de la violencia contra las mujeres.

Es una buena oportunidad para aprender algo más sobre el «lugar hermoso» de Sumalao. «La clave está en las aguas, que son curativas», me informa. Caigo en la cuenta de que este importantísimo aspecto, de algún modo, se me había pasado por alto. Agrega a continuación el sacerdote que la real comprensión del fenómeno religioso popular requiere considerar que no se trata de un «sincretismo», como dicen los académicos, sino de una verdadera «síntesis», como lo expresan los devotos andinos.

Cruentos sabañones me aquejan desde hace algunos días, avanzando desde las puntas de los dedos hasta las muñecas, en ambas manos. Escribo estas páginas procurando que las hojas no queden demasiado manchadas con sangre. Los dedos de los pies la han sacado más barata, protegidos por botines de cuero y el atinado consejo de los peregrinos acerca de las medias secas para el recambio. No tomé la precaución de llevar guantes... un error de principiante, inadmisibles en una veterana montañista.

Aunque trate de ignorar los síntomas, resulta innegable que mis manos han sufrido un principio de congelamiento durante el largo peregrinaje nocturno, bajo las inclementes temperaturas invernales. Ante los dedos ampollados y la piel tajeada por el frío, el chiste del padre Pagano ya no parece tan gracioso... No queda otra que admitir que «en Sumalao me he helao». ¡La experiencia del peregrinaje ha sido completa!

CONFLICTO DE INTERESES

La autora declara no tener conflicto de intereses.

COPYRIGHT

2025, la autora.

Este artículo es de acceso abierto, distribuido bajo los términos y condiciones de la licencia de Creative Commons (CC BY) (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>).

REFERENCIAS

- AMEIGEIRAS, Aldo (2008). *Religiosidad popular: creencias religiosas populares en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- CASIMIRO, Ana Victoria, Pablo COSSO y Gerardo Daniel SAIQUITA (2014). Las Fiestas del Señor de Sumalao en La Merced (Salta). Prácticas de sacralización, agencias y experiencia religiosa. *Itinerantes: Revista de Historia y Religión*, núm. 4, pp. 113-131.
- CASTRO, Pablo (2013). *El Santuario de Sumalao*. Salta: Editorial Hanne.
- CERUTI, María Constanza (2003). *Lullaillaco: Sacrificios y Ofrendas en un Santuario Inca de Alta Montaña*. Salta: Universidad Católica de Salta.
- CERUTI, M. C. (2007). Qoyllur Riti: Etnografía de un peregrinaje ritual de raíz incaica por las altas montañas del sur de Perú. *Scripta Ethnologica*, vol. 29, pp. 9-35.
- CERUTI, M. C. (2013). *Procesiones andinas en alta montaña. Peregrinaje a cerros sagrados del Norte de Argentina y del Sur de Perú*. Salta: EUCASA.
- CERUTI, M. C. (2022). Ascensión, sanación y prohibición: dos décadas de peregrinajes al Cerro de la Virgen de Salta. *Aiken. Revista de Ciencias Sociales y de la Salud*, vol. 2, núm. 2, pp. 47-61.

- CHAILE, Telma Liliana (2022). El Señor de Sumalao en Salta (Argentina): redes de peregrinación y configuración territorial y devocional en el espacio andino entre los períodos colonial e independiente. *Allpanchis*, núm. 90, pp. 273-309.
- ESQUIVEL, Juan Cruz y Fortunato MALLIMACI (2017). Religión, medioambiente y desarrollo sustentable: la integralidad en la cosmología católica. *Revista de Estudios Sociales*, núm. 60, pp. 72-86.
- FLORES, Fabián y Rodolfo PUGLISI (comps.) (2022). *Movilidades Sagradas. Peregrinaciones, procesiones, turismo y viajes religiosos en la Argentina*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- FORGIONE, Claudia Alicia (1982). *Estudio antropológico cultural de la sociedad rural de la Quebrada de Humahuaca*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- LUDUEÑA, Gustavo A. (2003). Presencias: ascetismo y liminalidad en comunidades contemplativas benedictinas del Mercosur. *Ciencias Sociales y Religión*, vol. 5, núm. 5, pp. 123-152.
- LUDUEÑA, Gustavo A. (2020). Imaginación cosmológica, espiritualidad católica y sensibilidad contemplativa: la meditación cristiana en Argentina. *Revista del CESLA*, núm. 26, pp. 265-290.
- MEDINA, Felipe Hipólito (2011). *Sumalao: Feria y Fiesta. Una antigua devoción al Cristo de Vilque en el Valle de Lerma, nacida en la Feria de Mulas más grande del mundo*. Salta: Okapi Ediciones.
- PELEGRÍN, Maricel (2005). *Cuando la salud viene de la tierra: una visión antropológica de la medicina popular en Jujuy, República Argentina*. Buenos Aires: Del Umbral.
- PELEGRÍN, Maricel y Claudia FORGIONE (2020). Los rituales no se suspenden, el folklore en la pandemia. *Pandemia. Los desafíos múltiples que en el presente le plantea al porvenir*, pp. 257-275.

SEMÁN, Pablo (2021). *Vivir la fe: Entre el catolicismo y el pentecostalismo, la religiosidad de los sectores populares en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

WRIGHT, Pablo G. (2021). Cuerpos y espacios plurales: sobre la razón espacial de la práctica etnográfica. En: Rosana Guber y Lía Ferrero (eds.). *Antropologías hechas en la Argentina*, volumen 3. Buenos Aires: Asociación Latinoamericana de Antropología, pp. 561-578.

WRIGHT, Pablo y César CERIANI CERNADAS (2007). Antropología simbólica: pasado y presente. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, núm. 32, pp. 319-348.

Fecha de recepción: 2024-07-24.

Fecha de evaluación: 2024-09-17.

Fecha de aceptación: 2025-02-07.

Fecha de publicación: 2025-06-01.

